

CAPÍTULO CUARTO

UNA ÉTICA POLÍTICA Y DE SEGURIDAD PARA UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL: LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

UNA ÉTICA POLÍTICA Y DE SEGURIDAD PARA UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL: LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

MÁXIMO CAJAL LÓPEZ

INTRODUCCIÓN

Es inevitable tener muy presente a Samuel Huntington cuando se escribe sobre la Alianza de Civilizaciones, pocos meses después de su fallecimiento. Ello es así no sólo por lo que supone de recuerdo al ilustre académico y por el propósito de reiterar, de paso, nuestra discrepancia con el fatalismo que parece desprenderse de su famoso libro, *The Clash of Civilizations and the remaking of the World Order*. Obedece también esta merecida evocación, como a menudo he repetido, a lo mucho que a unos y a otros, defensores y detractores de sus planteamientos, nos ha hecho reflexionar el que fuera profesor de la Universidad de Harvard. Porque, en efecto, si esa obra suscitó no poco debate a partir de su publicación en 1996, una vez que se produjeron los atentados del 11 de septiembre de 2001, pareció que los hechos daban razón a aquella premonición y que lo hacían, además, del modo más inapelable y más dramático posible. Ante la mirada atónita y sobrecogida de miles de millones de espectadores, se diría que el espectro de una confrontación entre Occidente y el Islam, que la amenaza de un «choque intercivilizacional» como Huntington lo bautizó, se habían hecho realidad. Pero estamos en deuda con él, sobre todo, porque alimentó en algunos una doble convicción: que aquel pronóstico había generado un recelo universal frente al «desconocido»; un miedo irracional, cuyos devastadores efectos ponían en peligro la convivencia universal, y que, por ello, era precisa una movilización global para atajarlo.

No creo equivocarme, por tanto, si afirmo que posiblemente la Alianza de Civilizaciones no existiría sin la elaborada, discutida y también desesperanzada construcción intelectual de Samuel Huntington. Debo añadir también que, en más de una ocasión, y desde luego sin éxito, propuse a los miembros del Grupo de Alto Nivel designados por el Secretario Gene-

ral Kofi Annan, que aquél fuera invitado para abordar juntos sus planteamientos, pues me parecía insólito que los debates entre aquellas veinte eminentes personalidades giraran, directa o indirectamente, en torno a sus tesis, estando él a varios miles de kilómetros de distancia pero muy presente al mismo tiempo; una especie de incómodo convidado de piedra cuyo silencio hacia tanto más apremiante dejar oír su voz.

¿POR QUÉ EN ESPAÑA?

Para salir al paso de aquel pesimista vaticinio se alzó ocho años más tarde la propuesta del Presidente del Gobierno de España en su intervención ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 21 de septiembre de 2004. Habían surgido también, para entonces, otras respuestas a la tesis del choque de civilizaciones, el «conflicto tribal a escala global» en expresión de aquel autor. Son los diversos «Diálogos», interreligiosos o interculturales que ahora proliferan, en particular el *Diálogo entre Civilizaciones* promovido por el Presidente de Irán, Mohamed Jatamí, en 1997.

El origen español de la Alianza de Civilizaciones no puede entenderse en toda su virtualidad, sin embargo, si no se sitúa en el marco temporal y político en que se gestó. No bastan, me parece, para explicar que se trata de un producto *made in Spain*, las evidentes razones geográficas, históricas y culturales que lo abonan. Porque la visión de las relaciones internacionales hasta entonces dominante desmentía diariamente aquella evidencia. Es preciso, pues, indagar más y situar esta iniciativa en la coyuntura concreta, tanto interna como internacional, en que germinó y tomó cuerpo. Así se explica mejor, o así me lo parece, por qué surgió en España; por qué y cuándo la propuso quien lo hizo, y por qué se presentó en un foro determinado y no en otro.

Fue a lo largo de los doce meses que separan el 16 de marzo de 2003 del 11 de marzo de 2004 —los que van de la «Cumbre de las Azores» y la subsiguiente invasión de Iraq, tres días más tarde, hasta los atentados terroristas en Madrid y las elecciones generales en España, también tres días más tarde—, el lapso de tiempo durante el que se gestó un proyecto que sería explicitado en Nueva York cinco meses después. Fue en aquel entorno interior y exterior donde se materializó una línea de pensamiento que venía de atrás pero que, evidentemente, sólo el resultado de las elecciones generales del 14 de marzo permitió llevar a la práctica, en cumplimiento del compromiso electoral contraído. Esta decisión, sin embargo, no fue el resultado de una improvisación, de una súbita inspiración y, mucho menos, de una «ocurrencia» a raíz de los atentados. Porque a lo largo

de aquel proceso de gestación siempre estuvieron presentes unos previos fundamentos ideológicos —que constituirían más adelante la columna vertebral de un nuevo planteamiento de la política exterior española—, muy alejados, por no decir en las antípodas, de los que prevalecían en España; y también fuera de ella. Fue aquélla una opción por el multilateralismo y por el respaldo decidido a la ONU, frente al unilateralismo en la gestión de las relaciones internacionales, regla ésta de conducta característica del pensamiento neoconservador vigente. Formaban aquellos principios de moral internacional, junto con el respeto de la legalidad y de los derechos humanos, el patrimonio ético que fundamentó la intervención del Presidente del Gobierno ante la Asamblea General de la ONU y su apuesta decidida por el fortalecimiento del sistema de las Naciones Unidas:

La seguridad y la paz sólo se extenderán con la fuerza de las Naciones Unidas, la fuerza de la legalidad internacional, la fuerza de los derechos humanos, la fuerza de la democracia. (...). Por eso, como representante de un país creado y enriquecido por culturas diversas, quiero proponer ante esta Asamblea una Alianza de Civilizaciones entre el mundo occidental y el mundo árabe y musulmán. España somete al Secretario General, cuya labor al frente de la Organización apoya con firmeza, la posibilidad de constituir un Grupo de Alto Nivel para llevar a cabo esta iniciativa.

Estas reglas de juego en modo alguno eran una novedad. Estaban ya presentes en su discurso de investidura el 15 de abril de aquel mismo año,

En cualquier caso, nuestra acción privilegiará la diplomacia preventiva y el respeto a los principios de la Carta de las Naciones Unidas frente a la guerra preventiva y al unilateralismo, y hará hincapié en una utilización más eficaz de todos los instrumentos políticos, diplomáticos, económicos y sociales para el arreglo pacífico de las controversias,

como también lo estaban, a lo largo de 2003, en el proceso de elaboración del Programa Electoral del Partido Socialista, es decir, en el documento que convocaba al electorado a un proyecto colectivo y que comprometía a sus redactores caso de salir triunfantes de la cita del 14 de marzo. El primer testimonio de aquella coherencia política fue la retirada de las tropas de Iraq. Después vino la propuesta de una Alianza de Civilizaciones. En dicha plataforma programática, en su sección titulada «España en el mundo», se establecía la necesidad de una vuelta al consenso en política exterior entre cuyos principios aparecía, en lugar destacado, «el respaldo a la legalidad internacional que representan las Naciones Unidas». Sin pretender hacer política, es inevitable hablar aquí de Política,

pues política es la naturaleza de la Alianza de Civilizaciones y políticos son los principios que la sustentan.

En consonancia con aquella base doctrinal, la invitación a Kofi Annan no se explicitó en Madrid o en Bruselas sino en Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas, concretamente. Al tiempo que se reiteraba el firme apoyo a su Secretario General, se subrayaba también el simbolismo de aquel paso. Por haberlo dado, se pagó sin duda un precio pero, al cabo de apenas cinco años, el veredicto de la Historia es incontestable; en España como en los Estados Unidos de América. En la propuesta de una Alianza de Civilizaciones había sin duda una dosis de utopía, como la ha habido en la elección por el pueblo norteamericano de Barack Hussein Obama, dando también así razón al «sueño» de Martin Luther King. No había, en cambio, angelismo o ingenuidad alguna en el llamamiento del Presidente del Gobierno a una movilización de la Comunidad Internacional para desmentir el fatalismo de una catástrofe global. Muy al contrario, lo que allí estaba presente era una clara conciencia de la gravedad de la situación y de lo equivocado y contraproducente que era el remedio aplicado para hacerla frente; la guerra sin cuartel declarada por la Administración Bush como paradigma único en la lucha contra el Terror. Otra cosa es la dificultad de la empresa, que no cabe desconocer, pero tampoco desechar por imposible. Al fin y al cabo, el fortalecimiento del sistema de las Naciones Unidas —para conseguir una organización más democrática, creíble y eficaz, pero también más respetada y más respaldada por los Estados que la integran—, depende únicamente, lo que sin duda no es poco, de la voluntad política de sus miembros. Ésta será, por ello, una de las primeras pruebas de la credibilidad del nuevo inquilino de la Casa Blanca. Para recuperar la salud del organismo enfermo, la medicación es conocida: la plena observancia de la legalidad internacional; el abandono del unilateralismo y del recurso a la guerra preventiva; el respeto irrestricto de los derechos humanos; la aplicación indiscriminada de las resoluciones del Consejo de Seguridad. No cabe argüir que la ONU es inoperante al tiempo que se le regatean los medios y se mina su credibilidad. Ya lo apuntaba Francis Fukuyama en esa especie de ajuste de cuentas con su pasado neoconservador que es su libro *America at the Crossroads — Democracy, Power and the Neoconservative legacy*, aparecido en 2006. Entre los rasgos que caracterizan a sus anteriores coreligionarios figura, según él, el «escepticismo acerca de la legitimidad y la efectividad del derecho y de las instituciones internacionales para alcanzar tanto la seguridad como la justicia». Para aquéllos, el derecho internacional carece de la fuerza necesaria para hacer cumplir las normas y frenar la agresión, al tiempo que critican a las Naciones Unidas tanto en su papel

de árbitro como en el de ejecutor de la justicia internacional. No quiere ello decir —añade— que la desconfianza de la mayoría de los neconservadores se extienda a cualesquiera otras formas de cooperación internacional. Casi todos ellos son favorables, por ejemplo, a la OTAN. Pero lo que no nos dice Fukuyama, autor también de otra obra que reaparecerá a lo largo de este trabajo, *The End of History and the Last Man*, es que la razón de tan distinto planteamiento obedece a que, frente a lo que sucede con la OTAN, la ONU escapa a menudo a su control.

EL PROCESO DE CONSOLIDACIÓN E INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA INICIATIVA

Lo cierto es que a pesar de la incredulidad o del escepticismo, de las críticas rigurosas y de las descalificaciones soeces, la Alianza de Civilizaciones ha hecho camino, se ha consolidado, institucionalizado y globalizado. Como, no sin sorna, pone de manifiesto el Alto Representante, Jorge Sampaio, los hay que la critican por excesivamente «bíblica», mientras que a otros les parece demasiado «bélica». Se la desacredita también, al margen de este debate nominalista, en base a una discusión académica acerca de cuántas civilizaciones existen o han existido —el propio Huntington pasa revista en su libro a un amplio catálogo de opiniones al respecto—, siendo así que para algunos solamente hay una civilización, la Humanidad. Afirmación ésta que no puede ocultar que, de ser ello cierto, el problema que nos acucia está en su interior, dentro de nuestra especie. Porque, en cualquier caso, lo cierto es que el riesgo de una confrontación planetaria no se circunscribe en exclusiva al mundo musulmán y a la cristiandad laicizada, por evidente que así pueda parecernos. Como la Historia nos muestra, el extremismo, la intolerancia, el rechazo de la diversidad, la desigualdad de poder, el fundamentalismo y la voluntad de exclusión, se dan también en el interior de nuestras propias sociedades, quizá porque estas lacras sean consustanciales a la propia condición humana.

En esta larga marcha hacia el progresivo afianzamiento de la Alianza de Civilizaciones, ocupan lugar destacado cierto número de datos que la jalonan, dotándola simultáneamente de creciente visibilidad y credibilidad. En junio de 2005, el Primer Ministro de Turquía aceptó la invitación a copatrocinarla que poco antes le había formulado su homólogo español. Aquél mismo mes se aprobó el *Concept Paper*, el Marco Conceptual de la iniciativa. El 14 de julio, el Secretario General Kofi Annan la lanzó formalmente, designando pocas semanas más tarde a los veinte miembros del Grupo

de Alto Nivel, cuyo Mandato, *Terms of Reference*, fue adoptado el 25 de agosto. Entre los días 27 y 29 de noviembre, sus miembros se reunieron por primera vez en Palma de Mallorca. A lo largo de 2006, volvieron a hacerlo, en febrero en Doha, en mayo en Dakar y, finalmente, el 13 y 14 de noviembre en Estambul, donde presentaron su Informe. El 1 de enero de 2007, Ban Ki-moon sucedió a Kofi Annan al frente de la Secretaría General de la ONU. El 26 de abril, designó a Jorge Sampaio como su Alto Representante para la Alianza en cumplimiento de una de las recomendaciones políticas contenidas en el Informe, poniendo también así de manifiesto su respaldo institucional a la propuesta. El 14 de junio, el Alto Representante sometió al Secretario General su Plan de Acción para el bienio 2007-2009. El 15 y 16 de enero de 2008, se celebró en Madrid el I Foro, otra de las recomendaciones del Grupo de Alto Nivel. El 20 de marzo del año pasado, el doctor Sampaio presentó su Informe Anual a Ban Ki-moon, quien lo remitió al Presidente de la Asamblea General el 2 de mayo. En dicho Informe se pasa revista a las principales actividades desarrolladas en el marco de la Alianza entre mayo de 2007 y abril de 2008, con el I Foro como colofón. A este primer Foro, ha sucedido el segundo, los días 6 y 7 de abril de 2009, en Estambul. Se cierra así el periodo constituyente de la Alianza de Civilizaciones. Brasil organizará el tercero en 2010. Qatar el cuarto, seguido de Austria 2012. Portugal y Marruecos se ofrecieron en su momento a acoger nuevas ediciones.

En Madrid se adoptaron cinco proyectos principales: el Mecanismo de Respuesta Rápida para situaciones de crisis en los medios de comunicación (<http://www.globalexperfinder.org>); el Fondo *Silatech* de Empleo para la Juventud en Oriente Medio (<http://www.silatech.com>); el proyecto sobre Educación Mediática (<http://aocmedialiteracy.org>); el *Alliance of Civilizations Media Fund* y el Fondo de Solidaridad para la Juventud. Junto a ellos, el anuncio de la aprobación o puesta en marcha de cierto número de Planes Nacionales y el establecimiento de Acuerdos de Partenariado con agencias y organizaciones internacionales; las reuniones políticas de alto nivel para la promoción de la Alianza de Civilizaciones; la propuesta de creación de una red de fundaciones filantrópicas y de patrocinadores privados; el compromiso del *Global Compact* de Naciones Unidas para elaborar una guía de Buenas Prácticas en el sector corporativo, y, finalmente, la declaración aprobada por un grupo de líderes religiosos con un llamamiento a la solidaridad y al compromiso mutuo para con la Juventud.

En consonancia con su propósito de acción, una de las peculiaridades más destacadas de la Alianza, en la que desde el primer momento hizo

particular hincapié el Alto Representante, es, en efecto, lo que él llama «Estrategias Nacionales», equivalentes al Plan Nacional español. Aquél insiste, con razón, en que una propuesta global cual es esta iniciativa no alcanzará los objetivos prácticos y concretos que persigue si carece de una apoyatura regional y, sobre todo, estatal; si aquellos propósitos, inevitablemente generales, no tienen una traducción y aplicación nacional; si no cuentan «con el respaldo de una fuerte voluntad política» por parte de los diferentes Estados. Lo define, gráficamente, como «desglobalizar la Alianza transformándola en un asunto doméstico». Por ello, al poco de su designación, hizo una doble recomendación: a los gobiernos de los países miembros del Grupo de Amigos, que elaboren dichos planes nacionales; a las organizaciones e instituciones internacionales, que concierten «Acuerdos de Partenariado» con la Alianza. Junto a la proyección nacional, el doctor Sampaio ha promovido igualmente actividades de alcance regional al objeto de agrupar a países vecinos o próximos en la búsqueda de objetivos de interés común.

Hasta el momento, son ya 22 los gobiernos que han aprobado y activado sus respectivos planes nacionales o que han iniciado su elaboración. Lo han hecho atendiendo lógicamente a motivaciones derivadas de su situación geográfica, de su Historia y su Cultura y de la composición de sus respectivas sociedades. España y Nueva Zelanda presentaron los suyos en el I Foro. Les siguieron Bulgaria, Reino Unido, Rumania y Turquía. En Estambul lo han hecho formalmente Albania, Argelia, Argentina, Brasil, Eslovenia, Qatar, Malasia, Montenegro y Rusia. Están en fase muy avanzada de elaboración las Estrategias Nacionales de Chequia, Croacia, Grecia, Hungría, Portugal, Macedonia y Serbia, a los que se sumará en breve Bosnia-Herzegovina. No está de más destacar algunos aspectos concretos de esta cuestión. En primer término, que ya han dado este paso dos países árabes; cuatro de mayoría musulmana si contamos a Albania y Malasia; serán cinco cuando se incorpore Bosnia-Herzegovina. En segundo lugar, que también lo han hecho Argentina y Brasil. Se han creado así dos importantes precedentes. Un tercer aspecto, de singular relevancia, es el hecho de que todos los países del Sudeste de Europa están implicados en este ejercicio, tarea sin duda compleja dada la dificultad del empeño, pero que tendrá un importante impacto político si, como está previsto, consiguen coordinar algunas actuaciones conjuntas con vistas a la elaboración de un plan regional que permita superar las fracturas que todavía los separan. Paralelamente, a las organizaciones internacionales que suscribieron «Acuerdos de Partenariado» durante el I Foro, se han sumado otras siete en Estambul hasta un total de 18: ALESCO, Ciudades

y Gobiernos Locales Unidos, Comisión Europea, Comunidad de Países de Lengua Portuguesa, *Commonwealth*, Consejo de Europa, Fundación Anna Lindh, la Francofonía, ISESCO, Liga de Estados Árabes, Organización de la Conferencia Islámica, Organización Internacional de las Migraciones, Organización Internacional del Trabajo, OSCE, Secretaría General Iberoamericana, UNESCO, Unión Interparlamentaria y Unión Latina.

La Estrategia Regional para el Sudeste Europeo justifica un comentario aparte. Llama la atención, en primer lugar, la multiplicidad de actores implicados en ella. El *South-East Cooperation Council*, con sede en la capital bosnia; el papel auspiciador de la Alianza de Civilizaciones; la fuerte participación de las agencias de la ONU —el PNUD en particular—; el decidido impulso de los dos copatrocinadores y, obviamente, el protagonismo y la determinación política de los países de la región. En segundo lugar, que, si este proyecto prospera y culmina en la prevista conferencia de Sarajevo a finales de este año, se pondrá de manifiesto que, a través del mecanismo de los respectivos Planes Nacionales, los países de una misma región, por conflictiva que haya sido en el pasado, si tienen voluntad de hacerlo y se ven arropados por la Comunidad Internacional, pueden ponerse de acuerdo sobre determinados objetivos de interés común inspirándose para ello en los principios de la Alianza de Civilizaciones. Finalmente, la relevancia y la virtualidad de la Alianza; su potencial de atracción de gobiernos de distintas sensibilidades a terrenos de entendimiento y de cooperación. Se establecerá de este modo un precedente que fortalecerá la credibilidad de la iniciativa en tanto que instrumento eficaz en manos del Secretario General de las Naciones Unidas que coadyuva en los procesos de prevención de conflictos y de consolidación de la paz, confirmándose simultáneamente la dimensión de seguridad que le es consustancial.

Otro ejemplo de Estrategia Regional es el proyecto Euromediterráneo, a través de la colaboración entre la Alianza de Civilizaciones, la Fundación Anna Lindh y la Comisión Europea. Tarea ésta, ciertamente compleja tanto por las dificultades de fondo del empeño cuanto por sus dimensiones. Ello no obsta, sin embargo, para intentarlo poniendo en marcha iniciativas concretas encaminadas a facilitar los contactos personales —la llamada *People to People diplomacy*— para superar recelos y reproches mutuos. Si no hay lugar todavía a un *White Paper*, tal y como recomienda el Informe del Grupo de Alto Nivel, ¿por qué no poner en marcha un *White Process*?

Una manifestación relevante del camino recorrido por la Alianza es el Grupo de Amigos que desde un principio, y de manera espontánea e informal, fue tomando cuerpo hasta contar en este momento con 104 socios, de

ellos 86 gobiernos y 18 organizaciones e instituciones de ámbito internacional. Forman parte del mismo todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, con la excepción de los Estados Unidos de América; la Unión Europea, al completo, y los otros grandes países de los cinco continentes. Nutren sus filas 23 países asiáticos, 40 europeos, 11 africanos, 10 americanos y 2 procedentes de Oceanía. El Grupo de Amigos es una muestra palpable de la universalidad de la Alianza y, consecuentemente, un reflejo fiel tanto de la Comunidad Internacional como de las propias Naciones Unidas. Responde, además, a una dinámica que llevará sin duda a un incremento paulatino de sus integrantes, siquiera sea porque en su composición todavía subsisten ausencias de alguna relevancia, en particular entre las naciones de América Latina, África y Asia Central.

No están en el Grupo de Amigos, pero muy presentes en todo caso, los Estados Unidos de América e Israel. Durante los años de la Administración Bush, Washington mantuvo una postura ambivalente respecto de la Alianza de Civilizaciones. Recelosa al principio, expectante al cabo de un tiempo, para terminar siendo manifiestamente reticente cuando se hizo público el Informe del Grupo de Alto Nivel. La explicación de esta evolución me parece sencilla. El documento pone el énfasis en la situación en Oriente Medio, en el conflicto israelo-palestino en particular, en unos términos que desagradaron vivamente en Tel-Aviv y, de rebote, en la Casa Blanca, por cuanto parece existir allí una irresistible propensión a considerar que cuanto perciben como anti-israelí también es anti-americano. Es sabido que los Estados Unidos son particularmente sensibles a cuantas cuestiones puedan afectar, en su opinión, a la seguridad de Israel. Veredicto éste que no deja de sorprender si tenemos en cuenta que los veinte miembros del Grupo de Alto Nivel que redactaron aquel documento, lo hicieron sin voto discrepante alguno y a título estrictamente personal. Se suma a ello que el único país con dos nacionales suyos en el Grupo fueron los Estados Unidos y que uno de ellos, Arthur Schneier, es rabino jefe de la sinagoga de Park East en Nueva York.

La derrota de Bush no ha introducido cambios palpables en la postura norteamericana respecto de la Alianza de Civilizaciones. Al menos hasta el momento de redactar estas líneas. La ausencia del II Foro del Presidente Obama, estando a escasos metros del lugar donde se desarrolló, es clara muestra de ese retraimiento. ¿Obedece a presiones del *lobby* judío o al hostigamiento por parte del sector *neoliberal*? ¿a ambas cosas a la vez? ¿Acaso a qué no se ha concluido la reevaluación de esta iniciativa en el seno del Departamento de Estado y del Consejo Nacional de Segu-

ridad? Sea ello lo que fuere, lo importante es que los principios éticos que inspiran el discurso del nuevo Presidente de los Estados Unidos parecen ser los mismos que subyacen en la Alianza de Civilizaciones; los mismos que estaban presentes en la intervención del Presidente del Gobierno de España el 21 de septiembre de 2004. Porque, no hay duda, en este punto Rodríguez Zapatero se anticipó a Obama.

En consonancia con los objetivos perseguidos con los planes nacionales y regionales, el Alto Representante propuso en su momento a los miembros del Grupo de Amigos la designación de «Puntos Focales», *Focal Points*, que actúen en calidad de coordinadores e interlocutores en cuestiones relacionadas con estos temas. La creación de una red de estos responsables persigue estrechar la cooperación entre sus miembros para conseguir un mejor conocimiento mutuo, conformar un «espíritu de comunidad» y facilitar un intercambio fluido de experiencias, facilitando así la adopción de aquellas estrategias y promoviendo medidas prácticas en los niveles local, nacional y regional. La primera reunión plenaria de Puntos Focales tuvo lugar los días 2 y 3 de octubre de 2008, y la segunda, en Estambul, el pasado 8 de abril.

El II Foro de la Alianza ha supuesto un salto cualitativo, cuantitativo también, respecto del reunido en Madrid. Ha sido, sin duda, mucho más que un simple paso adelante en el proceso de su consolidación e institucionalización porque marca, en mi opinión, el final de una etapa y el arranque de un nuevo periodo que se caracterizará, entre otras cosas, por una inserción más precisa de la Alianza de Civilizaciones en el sistema de las Naciones Unidas. Y ello, junto con su adecuación a un mundo globalizado. Porque al trasladarse en 2010 su centro gravitatorio a Brasil, esta empresa va a salir por primera vez del contexto mediterráneo en que se han desarrollado los dos primeros Foros, así como de la dinámica Occidente-Islam en que se ha movido básicamente desde su concepción. En Brasil, el mundo será visto desde otra perspectiva lo que hará posible que en el III Foro se introduzcan en la reflexión común nuevas sensibilidades y percepciones, ampliándose y enriqueciéndose de este modo el espacio político, cultural, religioso también, en que se mueve la Alianza de Civilizaciones.

En Estambul, como sucedió en Madrid, junto con variados ejercicios de reflexión sobre su futuro, se lanzó también un conjunto de nuevas iniciativas; diez concretamente. Un *Global Youth Movement for the Alliance of Civilizations*; el *Dialogue Café*, que pretende constituir un colectivo global de ciudadanos unido por los más modernos sistemas

tecnológicos; «*Restore Peace, Rebuild Bridges*», conjunto de proyectos Euromediterráneos, en colaboración con la Fundación Anna Lindh, para coadyuvar a la paz después de la crisis de Gaza; un *Alliance Fellowship Program*, dirigido a jóvenes líderes; *Plural+*, festival de cine juvenil centrado en las migraciones; *Doing Business in a Multi-cultural World*, junto con el *UN Global Compact*; *Mapping Media Education Policies around the World*, en colaboración con la UNESCO, sobre educación mediática; un *Mecanismo de Respuesta Rápida*, junto con la Fundación Anna Lindh y la Comisión Europea, para medios de comunicación en la región mediterránea; *The Alliance Research Network*, red de investigación integrada por 12 universidades de todo el mundo, y la *Education about Religions and Beliefs Clearinhouse*, centro de información sobre Religiones y Creencias.

LA NATURALEZA DE LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

En el primer Plan de Acción del Alto Representante se resumen algunos de los rasgos que caracterizan a la Alianza de Civilizaciones al tiempo que se reitera, sin menoscabo de su vocación mundial, el por qué del énfasis en la confrontación Islam-Occidente:

La Alianza de Civilizaciones tiene un mandato concreto y por ello conviene dejar claro su finalidad y su ámbito de actividad. Al tratarse de una iniciativa de las Naciones Unidas, la Alianza de Civilizaciones posee una dimensión global reforzada por una perspectiva universal, que al mismo tiempo concede especial prioridad a las relaciones entre las sociedades occidentales y musulmanas.

En su labor, la Alianza de Civilizaciones mantendrá y demostrará tener una perspectiva universal a través de la selección de sus actividades. Al mismo tiempo, se garantiza un énfasis prioritario sobre las relaciones entre las sociedades musulmanas y occidentales, dado que la polarización intercultural y el temor mutuo son particularmente agudos en el seno de estas comunidades y entre ellas, hasta el punto de representar una amenaza para la estabilidad y la seguridad internacionales.

Presenta, efectivamente, esta empresa unas características propias que la separan de los otros muchos proyectos que han surgido, sobre todo a raíz del «11 de septiembre». Sin desconocer el valor de todos esos programas, estos rasgos específicos hacen de la Alianza una propuesta singular. Habría que destacar por tanto, en primer término, lo que ella no es. No es religiosa como tampoco es cultural. Es, ante todo, una propues-

ta política, que está dotada de una clara dimensión de seguridad, que tiene vocación de universalidad y que está llamada a la acción. Éstas son las cuatro notas que la definen y la distinguen en su especificidad. En tanto que política, es una herramienta de las Naciones Unidas en manos de su Secretario General, cuya vocación global se deriva del marco geográfico en que se proyecta: la propia universalidad de la Organización. Pretende actuar, mediante medidas concretas y prácticas para alcanzar los objetivos que se recogen en las recomendaciones contenidas en el Informe del Grupo de Alto Nivel en los cuatro campos de acción allí identificados: Juventud, Educación, Medios de Comunicación y Migraciones. Se aparta, por tanto, de aquellas otras actividades que se resumen en los distintos y numerosos diálogos interculturales o interconfesionales en marcha. Ni los ámbitos de actuación de estos diálogos o su alcance, como tampoco sus actores o protagonistas, coinciden con los de la Alianza de Civilizaciones, construcción que descansa sobre un trípode integrado por los Gobiernos, las Organizaciones Internacionales y la Sociedad Civil.

Todo cuanto antecede no obsta para que la Alianza tenga muy presente la importancia de estos diálogos. De un lado, estos ejercicios sólo son posibles en un contexto en el que los participantes tengan garantizada la igualdad de oportunidades y de participación, que sólo puede asegurar el adecuado marco político. De otro, por sí solos, no son condición suficiente para hacer frente al extremismo y a la creciente radicalización que se observa en el mundo. Pueden, sin embargo, desempeñar un papel positivo en la prevención de conflictos y en la construcción de la paz. El diálogo interreligioso, en particular, es un reflejo de la creciente conciencia que existe en los círculos políticos acerca de la importancia de la labor de las comunidades religiosas para hacer frente a los problemas de un mundo cada vez más interdependiente. Pero es también manifestación de la preocupación por el negativo impacto del extremismo religioso sobre la estabilidad global y por la necesidad de promover y fortalecer las fuerzas moderadas y constructivas dentro de las diferentes tradiciones religiosas. Por otra parte, es evidente que uno de los grandes problemas planteados a los países occidentales, los europeos en particular —posiblemente el principal desafío al que tienen que hacer frente— es la buena gobernanza de la diversidad cultural.

Dos testimonios relevantes dan la medida de dónde está cada cual —la Alianza de Civilizaciones y los diálogos interreligiosos e interculturales— en el desempeño de sus respectivas competencias. El 15 de noviembre de 2005, en la sesión de apertura de la reunión del Grupo de Alto Nivel

en Palma de Mallorca, el Primer Ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, dejó bien sentadas las peculiaridades de la tarea encomendada a sus miembros, presidida ante todo por una voluntad de acción:

A la vista de que se está abriendo la brecha en el entendimiento entre diferentes culturas y religiones, son numerosas las iniciativas que se han puesto en marcha recientemente para promover el diálogo entre religiones y culturas. (...). Pero, hablando con franqueza, muchas de estas iniciativas sólo hacen hincapié en la necesidad de diálogo (...), pero no ofrecen un enfoque estratégico y pragmático sobre lo que hay que hacer en términos concretos. Lo que se espera de nosotros no es tan sólo una descripción del problema al que nos enfrentamos hoy. Tenemos que proponer una evaluación analítica de los factores subyacentes e identificar medidas prácticas que impulsen a las comunidades a trabajar juntas por un futuro común. Creo que el auténtico valor añadido de la Alianza de Civilizaciones será sin duda el Plan de Acción que Ustedes van a preparar con tal fin.

Por su lado, Benedicto XVI ha precisado recientemente los límites del diálogo interreligioso, conclusión ciertamente previsible tratándose, cual es el caso, de la confrontación amistosa de verdades absolutas cuyo horizonte, en la mejor de las hipótesis, es la coexistencia y, en el peor, la competencia en la propagación de los respectivos credos. Lo hizo en carta dirigida a finales de noviembre pasado a Marcello Pera, autor del libro *¿Por qué debemos llamarnos Cristianos?* Esta obra, decía el Papa, explica con claridad que «un diálogo interreligioso en el sentido estricto de la palabra es imposible» ya que, en términos teológicos, «no es posible un auténtico diálogo sin poner entre paréntesis la propia fe».

Viene al punto esta última cita porque, en mi opinión, pone indirectamente sobre el tapete que lo que es consustancial a la política es aquello que más se aleja de las religiones y de los esencialismos culturalistas: la ausencia de dogmas, la inexistencia de verdades reveladas; la necesaria, por inevitable, búsqueda de terrenos comunes de entendimiento y de acción. No está de más, por ello, traer aquí a colación un breve comunicado de prensa que hizo público la Secretaría de la Alianza de Civilizaciones el 13 de noviembre de 2006, a raíz de la presentación del Informe. En este texto, *Highlights of the High Level Group Report*, se reitera inequívocamente que la confrontación Islam-Occidente es de naturaleza política pero que tiene solución, a pesar de su gravedad, precisamente por ello; porque se trata de una cuestión política y no religiosa o cultural:

Notwithstanding the critical state of relations between Muslim and Western societies described in the Report, the High-level Group firmly asserts that there is nothing inevitable or insurmountable in these conditions. Indeed, because the causes of current tensions are political —and not religious or cultural— they are also solvable.

LA DIMENSIÓN DE SEGURIDAD

Más grave, en todo caso, que las críticas proferidas a propósito de la Alianza, es la torpe y malintencionada intoxicación con que algunos le atribuyen un supuesto propósito de apaciguamiento. La pusieron en marcha entre nosotros, hace ya un tiempo, aprovechando que el entonces *Premier* británico la había respaldado públicamente. Doblemente escocidos, trivializaron el apoyo de Blair y se remontaron a Neville Chamberlain, con cuya debilidad y entreguismo identificaron al Presidente del Gobierno de España. Según ellos, su iniciativa no era más que un humillante ejercicio de sumisión al Islam, una claudicación ante la amenaza terrorista; la de dentro como la de fuera. Sólo la mala fe, la ignorancia o el miedo, que es aún peor consejero, pueden llevar a la conclusión de que la Alianza de Civilizaciones es una vía de vergonzante acomodo con cualquier forma de radicalismo, de intolerancia o de fanatismo suicida, siendo así que éstos son precisamente los males que combate y pretende erradicar. Es más, por algo habrán acabado respaldándola los que siempre habían alardeado de pragmatismo. Al fin y al cabo, la entera Unión Europea se ha integrado en el Grupo de Amigos de la Alianza. Y ha tenido que ser el propio Tony Blair —ahora en sus nuevas funciones de presidente de la «Faith Foundation» que lleva su nombre— quien, en un artículo publicado el pasado 13 de noviembre, *King Abdullah and the sceptics*, haya reconocido la insuficiencia del solo recurso a las armas para hacer frente a la amenaza global a la que nos enfrentamos. En efecto, ésta es una lucha, afirma, que no se puede ganar únicamente por medios militares porque es también —y yo diría, sobre todo— un combate de ideas, que se libra en las mentes y en los corazones. Porque no se puede disuadir, salvo exterminándolos, a cuantos están dispuestos a matar y morir por causas trascendentes:

We cannot neglect the importance of security and military measures—on the contrary, they are critical. But, ultimately, this is not a struggle that can be won by military means alone. The struggle is one of ideas, of hearts and minds as well as of weapons. And we have to realise that the roots of the alternative narrative which sees Islam pitted against the West, go deep.

La Alianza de Civilizaciones tiene, en efecto, una clara de dimensión de seguridad. No entendida ésta como seguridad exclusivamente militarizada, como simple, pura y dura, *War on Terror*, sino seguridad «blanda», que también toma en consideración las causas en las que está enraizado, sobre todo en el Islam, el profundo resentimiento, al que se refería Blair, hacia Occidente. Lucha armada también, si es preciso, pero no a cualquier precio, pues en modo alguno puede ser ajena a los principios éticos que inspiran el respeto de la dignidad y de los derechos humanos. Lo dejó también claro el Presidente del Gobierno el 10 de abril de 2005, en la sesión de apertura de la Conferencia Internacional sobre Democracia y Terrorismo organizada por el Club de Madrid. De igual modo que no hay causa alguna que lo justifique, la lucha contra el Terrorismo

nos exige desarrollar un armazón moral, intelectual, jurídico y policial que fortalezca la legitimidad de nuestros esfuerzos. Todo Estado tiene la obligación de proteger a sus ciudadanos del terrorismo, pero también de hacerlo preservando nuestros derechos y libertades fundamentales.

En parecidos términos se había manifestado en su intervención en Naciones Unidas seis meses antes:

Treinta años resistiendo al terrorismo nos han enseñado que el mayor riesgo de una victoria de los terroristas se produce cuando para luchar contra el terror la democracia traiciona su propia esencia, los Estados limitan las libertades, cuestionan las garantías jurídicas o realizan operaciones militares preventivas. Eso es lo que ha aprendido mi pueblo: que es con la legalidad, la democracia y la política como somos más fuertes y ellos más débiles.

Vienen muy a propósito de este planteamiento las palabras del Presidente Obama el día de su investidura:

As for our common defense, we reject as false the choice between safety and our ideals. (...). Our security emanates from the justice of our cause, the force of our example, the tempering qualities of humility and restraint.

Para combatir el terrorismo practicado por islamistas radicales, pero también para luchar contra todos los extremismos, se precisa asimismo una movilización masiva de la Comunidad Internacional. Para ello es necesario poner en marcha una gran coalición, no sólo de las fuerzas armadas y de seguridad sino la de cuantos sectores sociales, religiosos y políticos rechazan el radicalismo y la intolerancia, al tiempo que apuestan por la

moderación y el respeto mutuo. Tanto el Mandato dado al Grupo de Alto Nivel y el Marco Conceptual, como el I Plan de Acción del Alto Representante, ponen el acento en esta característica de la Alianza de Civilizaciones: su dimensión de seguridad, inseparable de su naturaleza política. Así el Mandato que —a la vista de la creciente desconfianza, temor y falta de entendimiento que se observa entre las sociedades islámicas y occidentales—, sentencia que «únicamente una coalición global será capaz de evitar un mayor deterioro de las relaciones entre las sociedades y las naciones, que amenazaría la estabilidad internacional». Para evitarlo, encomienda a los miembros del Grupo Alto Nivel un triple objetivo: evaluar las amenazas nuevas y emergentes para la paz y la seguridad internacionales, en particular las fuerzas políticas, sociales y religiosas que fomentan el extremismo; identificar acciones colectivas para abordar estas tendencias y recomendar, finalmente, un programa de acción practicable para los Estados, las Organizaciones Internacionales y la Sociedad Civil, encaminado a promover la armonía entre las sociedades. En parecidos términos se expresa el Marco Conceptual: »La Alianza considerará los discursos dominantes en las distintas sociedades, con miras a dar una respuesta eficaz a las nuevas amenazas a la paz internacional derivadas de percepciones hostiles que fomentan la violencia».

Pero es en el Informe del Grupo de Alto Nivel donde de manera más clara queda reflejada la doble vertiente política y de seguridad de la Alianza. Y es allí donde también se explicita que si el acento se pone en la brecha entre los mundos occidental e islámico, no es porque ésta sea un fenómeno exclusivo de ellos dos sino porque, de profundizarse, es la única que puede desestabilizar las relaciones internacionales. Ello no obsta, sin embargo, para que «el enfoque adoptado respecto a esta cuestión pueda servir de referencia para superar otras divisiones con el fin de establecer la paz y la armonía» (apartado 4.1, sección IV, La dimensión política).

Es, sobre todo, en su sección V, dedicada a las Recomendaciones políticas generales, donde se hace hincapié en «la urgencia creciente de la cuestión palestina, que constituye un factor decisivo de la reciente fisura entre las sociedades musulmanas y occidentales». Y donde se afirma que «sin una solución justa, digna y democrática basada en la voluntad de todos los pueblos implicados en el conflicto, todos los esfuerzos, incluidas las recomendaciones contenidas en el presente informe, por tender puentes y contrarrestar la hostilidad entre las sociedades tendrán con toda probabilidad un éxito sólo limitado» (apartado 5.2). Se explica también en esta misma sección por qué el conflicto palestino-israelí nos salpica a todos:

porque «ha adquirido un valor simbólico que impregna las relaciones interculturales y políticas de las tres principales religiones monoteístas, más allá de su limitado ámbito geográfico» (apartado 5.3). En otro lugar del Informe (apartado 4.20, sección IV), se introduce una reflexión que no debería pasar inadvertida: que en el mundo musulmán, y más allá —aunque este punto de vista, precisa, no sea compartido por todos en la comunidad internacional—, «hay una creciente impresión de que es necesario distinguir, por una parte, entre movimientos nacionales que resisten a la ocupación extranjera, y grupos terroristas con ambiciones globales, por otra».

Además de la puesta en marcha de aquellas Recomendaciones, que responden sobre todo a una política a largo plazo de prevención de posibles conflictos —de ahí la decidida apuesta por la Juventud y por los instrumentos adecuados para ello, la Educación y los Medios de Comunicación—, el Alto Representante considera necesario que la Alianza se oriente también hacia el objetivo de construcción de la Paz, coadyuvando a ello mediante la creación de las condiciones necesarias que así lo permitan. Lo reiteró el 13 de enero, en el Centro Cultural Calouste Goulbenkian de París, en su intervención «*Nous et les autres —défis et dilemmes du dialogue interculturel— l'approche de l'Alliance des civilisations*»:

La Alianza de Civilizaciones no ha sido concebida para resolver conflictos abiertos. Ni dispone de los medios para ello ni ésta es su finalidad. (...). Para resumir, digamos que se sitúa aguas abajo y aguas arriba de los conflictos. En este sentido, es al mismo tiempo un instrumento de diplomacia preventiva y una herramienta para la consolidación de la paz.

La Alianza no pretende resolver los conflictos políticos, que sólo pueden serlo por medios políticos. La Alianza no aspira a sustituir a los mecanismos de mediación política existentes. Pero sí puede contribuir a la puesta en práctica de soluciones de paz duradera por sus planteamientos centrados en el diálogo intercultural, en la primacía que atribuye a las relaciones entre los individuos y las comunidades.

EL MEDITERRÁNEO Y LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

Aludí antes al empeño que tiene el Alto Representante en promover iniciativas regionales dentro del marco de la Alianza de Civilizaciones. Qué duda cabe que la región mediterránea es la parte del mundo donde, con toda probabilidad, se dan cita todos los problemas a los que queremos hacer frente. Se diría que en torno a este mar se funden las heridas del

pasado y del presente con inigualable intensidad. Precisamente por ello tiene tanta carga simbólica y tanto alcance político el patrocinio hispanoturco al que me referiré enseguida.

Aunque sea someramente, no puede faltar aquí una referencia a la proyección mediterránea de la Alianza. Algunos datos objetivos así lo abonan. Todos los ribereños, con excepción de Libia, Israel y Líbano, son miembros del Grupo de Amigos. Lo son, obviamente, los países copatrocinadores, Turquía y España, dos de cuyas ciudades han acogido las primeras ediciones del Foro de la Alianza. La manifestación más patente de una potencial confrontación entre Occidente e Islam —y su secuela de desestabilización de la paz mundial— tiene su principal teatro en la orilla más oriental del Mediterráneo, por no hablar de la franja de Gaza que bañan sus aguas. Las nuevas corrientes migratorias las cruzan de Sur a Norte. Es allí donde la brecha económica, la riqueza frente y junto a la pobreza, se hace más patente. Y donde se encuentran y se contraponen Islam y Cristiandad. Fue en ese contexto donde nació el «Orientalismo», fabricación europea de un Oriente imaginado pero cuyos estereotipos son difícilmente erradicables. Y fue en la vertiente meridional de este mar nuestro donde apareció y arraigó el primer colonialismo europeo, del que no se libró, hasta la descolonización, ningún país de la ribera Sur; de Marruecos a Turquía sin solución de continuidad. Me referí con anterioridad a la Fundación Anna Lindh y al proyecto de estrategia regional del Sudeste Europeo como dos manifestaciones de cooperación en los que la Alianza está especialmente interesada. Conviene recordar a este respecto el apartado 18 de la Declaración de la cumbre de París de 13 de julio de 2008:

La Fundación Anna Lindh para el Diálogo entre Culturas, en tanto que institución Euro-Mediterránea, contribuirá de manera efectiva a la dimensión cultural de la iniciativa en cooperación con la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas.

Ya en abril del año pasado el Doctor Sampaio se dirigió a la UE proponiendo la definición de líneas de actuación con la Alianza en su calidad de «organización asociada» de la Unión para el Mediterráneo, e hizo al efecto algunas sugerencias. Entre ellas, el establecimiento de una «coalición» de alcaldes en cooperación con Ciudades y Gobiernos Locales Unidos (UCLG), el Consejo de Europa y la propia Unión Europea; la expansión a la región euromediterránea del Mecanismo de Respuesta Rápida para Medios de Comunicación y el respaldo de la Unión al programa *Silatech* para el Empleo en Oriente Medio. Con la Fundación Anna Lindh, por otra parte, se dan además dos circunstancias personales que permiten pensar

que la cooperación será fructífera. Su Presidente, André Azoulay, participó activamente en la elaboración del Informe del Grupo de Alto Nivel, del que era miembro. Azoulay forma parte también del Patronato de la Fundación Tres Culturas de Sevilla. El actual Director de la Anna Lindh es el español Andréu Claret, quien lo fue también del Instituto Europeo del Mediterráneo de Barcelona.

El más reciente ejemplo de cooperación entre la Alianza y la Fundación Anna Lindh ha sido el lanzamiento, el pasado 6 de febrero, de una iniciativa común, *Restore Peace, Rebuild Bridges*, a modo de conclusión de la sesión de trabajo que, sobre el impacto de la guerra en la Franja de Gaza y las crecientes tensiones interculturales en la zona mediterránea, tuvo lugar en París tres días antes con participación de buen número de instituciones y organizaciones internacionales. Cuatro son sus objetivos: restaurar la confianza en el diálogo Euro-Mediterráneo; reconstruir los puentes humanos y culturales entre las sociedades de la región y trabajar por una cultura de paz; desarrollar la cooperación entre la sociedad civil, en particular entre israelíes y palestinos, y respaldar la consolidación de una amplia plataforma de grupos de la sociedad civil y el fortalecimiento de la cooperaciones entre ciudades.

EL COPATROCINIO TURCO

Cuando se habla o se escribe sobre la Alianza de Civilizaciones, y del Mediterráneo en particular, es inevitable hacerlo también de Turquía y del copatrocinio de la iniciativa personificado en su Primer Ministro Erdogan. Y al hacerlo surgen de inmediato, como referencias obligadas, aquellas características de un proyecto que también ha hecho suyo el gobierno de Ankara y sobre cuya voluntad de acción ya se pronunció aquél en Palma de Mallorca. Naturaleza política, dimensión de seguridad y universalidad, están sin duda presentes en la cita cargada de significado —basta para ello mirar al pasado— que, en torno a la Alianza, ha reunido a España y a Turquía. Y si bien es cierto que la Alianza pertenece ya a las Naciones Unidas, por su calidad de copatrocinadores Madrid y Ankara siguen asumiendo una responsabilidad residual en su impulso político, en su capacidad de gestión y en el respaldo al Alto Representante. También en tanto que guardianes de una cierta ortodoxia y detentadores de un cierto *droit de regard* en cuanto se refiere a su sostenibilidad y orientación.

Todo es opinable naturalmente y por ello, por coherencia política, Madrid apuesta decididamente por el desenlace feliz de la demanda de adhesión

de Ankara a la Unión Europea en las condiciones establecidas por la Comisión. Es decir, sin zancadillas y sin interesadas maniobras de última hora. ¿No aporta además a esta empresa, originariamente española, el patrocinio añadido de Turquía un componente de simetría que va más allá de la pura geografía mediterránea, pues es una señal política rotunda; un mensaje cargado de sentido que cierra siglos de confrontación primero y de impotente desencuentro después? ¿Qué pensaría, de vivirlo, Fernand Braudel? Tampoco la seguridad está aquí ausente. Seguridad entendida en sentido amplio, en cuanto también sirve para poner de manifiesto lo que en este envite se juega la Unión Europea. Todos estos elementos aparecen entreverados y todos dependen del éxito del ingreso turco en la Unión. Si Turquía no alcanza su objetivo, difícilmente se mantendrán incólumes la credibilidad de la Alianza de Civilizaciones, la supervivencia del maridaje hispano-turco, el futuro del gobierno de Erdogan y, con él, el de Turquía, así como la vigencia de la apuesta de Madrid en su doble vertiente de apoyo a la demanda de adhesión de Ankara y de promotora de la iniciativa.

Pero los daños colaterales de esta frustrada apuesta trascenderían el estricto campo de acción de la Alianza propiamente dicha, sin que quepa excluir que incluso podrían afectar a la otra, la Atlántica. Porque hay más cosas que se ventilan en este juego. En primer término, caso de fracasar, no solamente quedaría deslegitimado y desautorizado con toda probabilidad el proyecto del político islamista que es Erdogan por la postura adoptada por una Europa que habrá asomado así su peor rostro, el de una fortaleza cristiana cerrada al exterior. Se abriría inmediatamente en Turquía una nueva y grave crisis política y constitucional de resultado incierto. Desalentadas allí las fuerzas políticas, religiosas y sociales más progresistas —que no son necesariamente y en exclusiva las «kemalistas»— que pugnan por conciliar el Islam con la modernidad, y fortalecidas simultáneamente las más extremas de ambos bandos, ya sean integristas islámicos, nacionalistas exacerbados o simplemente militares golpistas, ¿quién puede excluir que, impulsada o secundada por una sociedad frustrada, resentida y herida en su orgullo nacional, reafirmada por los hechos en su histórico anti-europeísmo, se produjera entonces una convulsión política y social que llevara al poder a un gobierno antieuropeo pero también anti-occidental, a imagen y semejanza de lo sucedido en Irán? Este desánimo entre los sectores modernizadores se extendería igualmente a las sociedades árabes que, en Oriente Medio y fuera de él, siguen con atención los acontecimientos en su poderoso vecino turco, con el consiguiente envalentonamiento en las filas más renuentes al cambio. ¿En qué acabaría, en semejantes circunstancias, la cuestión de Chipre?

Hay un aspecto, esta vez de alcance estratégico global, que también tiene que ver con el desenlace del proceso que, es de esperar, lleve Ankara a Bruselas. De fracasar este empeño, quedará en entredicho el discurso de una Unión Europea abierta al mundo e integradora. Pero también se pondrá de manifiesto, de una vez por todas, que la Unión abdica de la responsabilidad histórica de asumir el papel que le corresponde en un concierto internacional que, para entonces, será sin duda diferente del actual. Porque será precisamente cuando Turquía haya entrado en ella, cuando las fronteras exteriores de la Unión linden con Siria, Iraq e Irán, con Armenia, Georgia y Azerbaiyán, el momento a partir del cual Bruselas, junto con Washington, Moscú, Pekín, Nueva Delhi y, allí mismo, Teherán y Tel Aviv, podrá ser realmente un actor decisivo en la preservación de la paz y de la estabilidad que necesita una de las regiones más sensibles del mundo. Extendida hasta los confines de Anatolia, esa Unión Europea definitivamente ampliada será también más creíble, al ser coherente con sus principios y sus declaraciones; y por ser más creíble, será más eficaz. Habrá puesto de manifiesto, con los hechos, que es una comunidad de naciones suficientemente sólida en sus principios como para no blindarse frente al exterior; que puede ser un ejemplar modelo multicultural y multiconfesional. Sin dejar de ser la superpotencia moral, podrá ser también una más de las grandes potencias en el mundo multipolar que se está abriendo camino.

EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Junto con el de Samuel Huntington, en las dos últimas décadas han aparecido diversos libros que, como el suyo, también han dejado huella. Dos de ellos, en particular, a los efectos que aquí nos ocupan. Uno, el de Fukuyama antes mencionado, *The End of History and the Last Man*, publicado en 1992; el otro, de Robert Kagan, *Of Paradise and Power — America and Europe in the New World Order*, que vio la luz en 2003. Pero, a diferencia de lo sucedido a la tesis del «choque de civilizaciones», que sin duda ha hecho camino por intransitable que nos parezca a algunos, los supuestos ideológicos y las conclusiones a las que llegaron tanto Kagan como Fukuyama no se han visto confirmados por los hechos. Sus pronósticos han corrido distinta suerte, en efecto, porque si en algún momento pareció que eran acertados, aquéllo no pasó de ser una ilusión pasajera. Ni la Historia ha acabado ni *Marte*, por mucho que lo haya intentado, ha logrado imponer su ley en el concierto mundial. Porque ni el Capitalismo liberal a ultranza ni la Democracia impuesta, tal y como los entiende el pensamiento único neoconservador, han triunfado, al menos de la manera

inapelable que pudieron hacer pensar el colapso de la Unión Soviética, la desaparición del Pacto de Varsovia, el fin de la Guerra Fría, la rendición incondicional del comunismo, la simultánea desaparición de nuestras librerías del pensamiento marxista y, con ellos, la irrupción de los Estados Unidos de América como la sola *hiperpotencia* del planeta Tierra. Por otra parte, del mismo modo que tampoco se cobró entonces la Humanidad los «dividendos de la paz» que hacían presagiar la imparable concatenación de aquellos fenómenos, la crisis financiera global también ha puesto fin abruptamente a nuestros sueños especulativos. ¡Quién iba a decir que, treinta años después, casi echaríamos de menos el «equilibrio del terror» y la espada de Damocles de la «destrucción mutua asegurada», pues entonces sí sabíamos, cada cual en el lugar que le correspondía, de dónde y por dónde podía materializarse el peligro, comunista o capitalista según se viera, que se cernía sobre unos y otros. Las amenazas actuales, a diferencia de las del pasado, presentan la peculiaridad de que frente a ellas la disuasión ha perdido gran parte de su virtualidad, como tampoco dan pie a una represalia eficaz. Son también más insidiosas; no tienen cara o tienen mil caras y, además, han echado raíces entre nosotros.

De la lectura de aquellas primeras obras de nuestros autores, de sus simples títulos por no hablar de sus contenidos, llaman asimismo la atención las reiteradas alusiones a un Nuevo Orden Mundial, a su obligada recomposición y, lo que sobre todo es más sorprendente, a su inevitable y aparentemente obligado corolario: que, en toda circunstancia, seguirán siendo los Estados Unidos la superpotencia que llevará entonces la voz cantante y que continuará asumiendo el liderazgo indiscutido. Y que corresponderá a los demás prestar el homenaje al que seguirá siendo acreedora la gran potencia anglosajona que, con mano benévola, continuará rigiendo los destinos de ese nuevo concierto de naciones que ya se atisbaba en aquel horizonte finisecular. Porque, cuando estos ideólogos aluden a Rusia, China o India y, por supuesto, a los demás que apenas mencionan, a los otros países «emergentes», incluso a la propia Unión Europea —a la que se refieren con condescendencia, aunque en este punto quizá con razón a la vista de la parvedad de nuestras ambiciones—, nunca faltan las apostillas ya sea para descalificarlos por su autoritarismo o por razones de moral pública, ya sea por su falta de cohesión social y por sus divisiones internas. Se trata, ante todo, de achicarlos, de ponerlos en su sitio y de negarles, como primera providencia, cualquier papel protagonista en el futuro, en particular el de posibles competidores creíbles en un escenario internacional que en poco se asemejará al que hemos conocido y que ya comienza a desvanecerse.

Se diría que la realidad va por otros derroteros. Lo han denunciado ya los mismos que aventuraron tanto el final de la Historia como el rapto de la *Venus* europea, ¿o sería seducción?, en manos de unos marciales Estados Unidos. Marcha atrás la suya, en un desmentido que reflejan en *The return of History and the End of Dreams*, de Kagan, publicado en 2008, y en el ya citado *America at the Crossroads*, que lo fue dos años antes. Es el saldo del desaguisado global que nos ha sido legado. La amarga vuelta a la realidad; el fin de los sueños y el regreso de la Historia, en efecto. Quedan así en entredicho los supuestos sobre los que estaba instalado el mundo occidental. No así, me temo, los demás, convencido como estaba aquél del progreso sin fin de la Humanidad entendida ésta como la prolongación de los valores de la «Civilización Occidental». Pese a ello, numerosos comentaristas estadounidenses siguen dando por hecho que, cualquiera que sea el futuro escenario mundial, Washington continuará al mando de la nave global. Lo reiteró Brent Scowcroft en la conversación que mantuvo con Zbigniew Brzezinski, recogida por David Ignatious en 2008, en su libro *America and the World — Conversations on the future of American Policy*. Tal y como aquél sentenció «we are the only ones who can be the guiding light»; el consabido resabio del «Destino Manifiesto». Francis Fukuyama, por su parte, en un artículo en *Newsweek* titulado «La caída de América Inc.», afirmaba recientemente que, quienquiera fuese el vencedor de las elecciones del pasado 4 de noviembre, en Estados Unidos se abrirá un nuevo ciclo político y que era preciso «reinventar el modelo americano».

No basta, me parece, este ejercicio de voluntarismo, que a la postre se resuelve en dejar los destinos del mundo en manos de las sucesivas futuras Administraciones norteamericanas, comenzando por el interminable catálogo de problemas que han abandonado en las de Barack Obama; del Hambre al Cambio Climático, de las *renditions* a la aparente inanidad de la Reserva Federal, de Cuba a Iraq, de un nuevo Bretton Woods a Rusia, junto con la reforma de las Naciones Unidas, la razón de ser del derrotero que ha tomado la OTAN, Latinoamérica y el candente y dramático conflicto palestino-israelí. Pero no radica ahí el problema más acuciante al que se enfrentan los Estados Unidos, su nuevo Presidente y la sociedad americana en su conjunto. Porque lo que, a la postre, deben hacer entre todos es lavar la cara a su país; borrar la imagen que está ahora vigente: que Abou Ghraib y Guantánamo han reemplazado a la Estatua de la Libertad como símbolos de América; Fukuyama *dixit*. Tarea ardua ésta, en las circunstancias presentes, pues, antes de que tomara posesión Obama, los Cheney, Rumsfeld y Bolton ya le estaban marcando el territorio. El 20 de enero de 2009 el nuevo Presidente no ha-

bló de «reinventar» los Estados Unidos, pero sí de «reconstruir», *remake*, América. También afirmó que su país está dispuesto a asumir de nuevo el liderazgo (*that we are ready to lead once more*). ¿Y si el mundo, como apuntaba el 25 de enero Timothy Garton Ash en «Obama puede dividir el mundo», ya no está dispuesto a seguirle? ¿O si, como afirmaba Mikhail Gorbachov cuatro días antes en el *International Herald Tribune*, Estados Unidos, solos, no pueden?

Lo que de verdad hay que reinventar, pero entre todos esta vez, es un concierto mundial distinto, un Nuevo Orden Internacional así como las normas de conducta que han de regirlo. Y no caigamos en la tentación, los europeos para empezar, de dejar en las solas manos de los Estados Unidos esta responsabilidad. Apliquémosles su propia medicina política para consumo interno, la de los contrapesos en la gestión de la cosa pública. Pues nada ni nadie pueden garantizar al resto de la Humanidad que no veamos de nuevo un día, en la Casa Blanca, a otro Presidente como el que acaba de desalojarla y, en su Administración, a otro puñado de neoconservadores inspirando su acción. Lo que ha sucedido es que Washington ha perdido buena parte del caudal de respeto y de admiración que había acumulado con los Presidentes Wilson, Roosevelt y Truman. Que ha echado por la borda el «buen nombre» de una América victoriosa de las dos Guerras Mundiales, de la Segunda en particular; del pueblo que derrotó al fascismo en Italia y al nazismo en Alemania; que llevó el Plan Marshall a una Europa depauperada para después imponerle su ideal descolonizador poniendo así fin, de paso, a su protagonismo universal; y que acabó también con la URSS y con el Pacto de Varsovia. Aquella gran potencia cuya superioridad ética era generalmente reconocida. A esta admiración y respeto ha sucedido una gran decepción. Lo cierto es que los Estados Unidos han perdido autoridad moral y credibilidad en su política exterior, dando así razón al título del más reciente libro de Kagan, *Dangerous Nation*. Ha sido así por su unilateralismo y su desprecio de las Naciones Unidas, por su sistemática labor de zapa para desacreditarla, por su doble rasero y por su falta de autonomía también, puesta dramáticamente de relieve en las postrimerías del segundo mandato de Bush, en cuantas cuestiones tengan que ver con la seguridad de Israel. La recuperación de esa respetabilidad tardará en producirse, pues enorme ha sido el estropicio y no bastarán las palabras o las buenas intenciones para remediar el daño causado. Es más, el reto es tanto más grande cuanto inmenso ha sido el caudal de esperanza suscitado entorno a su nuevo Presidente. El desorden introducido en las relaciones internacionales y el resquemor creado a su paso, la frustración también, son de tal magnitud que no se resolverán

con el solo cambio de inquilino en el Despacho Oval. Pasará tiempo, por tanto, hasta que sintamos que las cosas están cambiando en realidad.

Es preciso instaurar por ello un Nuevo Orden en el mundo y, en semejante cometido, incumbe a la Unión Europea, y desde luego a España, un papel protagonista. Un orden global inédito que en nada se parezca al que conciben los pensadores antes citados, pues a lo que al fin y al cabo a lo que aspiran es a que las cosas sigan sustancialmente como están. Es decir, unas Naciones Unidas controladas en última instancia por Washington mediante el reiterado recurso al veto en el Consejo de Seguridad; una Alianza Atlántica sometida a su dictado y convertida en gendarme mundial y una Unión Europea reducida al papel de gran contribuyente de la cooperación para el desarrollo, gestora de misiones humanitarias y huérfana de cualquier política exterior y de seguridad común autónoma que merezca tal nombre.

Sea ello lo que fuere, lo que también parece cierto es que desde hace ya un tiempo se ha podido anticipar que la evolución de los acontecimientos mundiales traía aparejada una redistribución del poder relativo de unas únicas manos a un conjunto, creciente y desigual, de ellas; el tránsito lento, pero se diría que irremediable, de un mundo ahora unipolar a otro multipolar, una vez dejada atrás la bipolaridad de la Guerra Fría. Lo que era una percepción ampliamente extendida se ha visto confirmada, si es que hubiera sido necesario, por la publicación en noviembre pasado del estudio *Global Trends 2025 A Transformed World*, del Consejo Nacional de Inteligencia norteamericano. Dentro de 20 años, afirman sus autores, el mundo será inestable —¿quiere esto decir que ya no lo es ahora?— y también multipolar. Los Estados Unidos serán entonces uno más entre los principales actores de la escena mundial, si bien el más poderoso; su poder relativo, incluso el militar, se verá constreñido y su capacidad de acción en los acontecimientos globales dejará de ser, como hasta ahora, decisiva. A la realidad de este relativo decaimiento, que algún historiador atribuirá a la fatalidad que ha acompañado a todos los Imperios una vez que han alcanzado su cenit, se añade la paulatina y correspondiente irrupción en el escenario mundial de aquel grupo de países que pretenden ocupar el lugar que creen les es debido y recuperar simultáneamente, o alcanzar, un protagonismo cuando menos proporcional a su población, extensión geográfica, recursos naturales, situación estratégica y peso militar o económico. Porque junto a los inevitables China, India, Japón y Rusia, además de la Unión Europea, cada cual según sus especificidades, están asomando ya la cabeza otras naciones cuyo nivel de prosperidad,

hoy muy por debajo de los países industrializados, no será motivo para que permanezcan impasibles ante lo que ocurra a su alrededor, o que estén dispuestos a comparecer dócilmente en Washington, en Londres, en Bruselas o en Ginebra, a los llamamientos de cualesquiera «Grupos G» existentes o por venir. ¿Se resignarán Egipto, Nigeria, Sudáfrica, México y Brasil —no digamos aquellas futuras superpotencias asiáticas— a seguir disfrutando *sine die* del status de «países emergentes» que les ha sido atribuido por Occidente una vez que han abandonado, a lo que parece, el Tercer Mundo en el que los habíamos encasillado? ¿Y la propia Unión Europea, en la parte que le toca en este otro Gran Juego, si acaba por asumir un día su *Destino*?

Pero para que este nuevo concierto multipolar pueda rendir sus frutos es preciso que todos sus actores, no ya uno solo, estén dispuestos a convivir y a competir pacíficamente dentro de un marco universal de comportamiento conforme a unas pautas de conducta comúnmente establecidas y aceptadas, sin imposiciones ni discriminaciones. Un concierto internacional que asegure —más allá de la simple coexistencia— la armonía y la cooperación en un mundo cada vez más interdependiente. También aquí parece saludable aspirar a una cierta utopía. Este conjunto de normas de convivencia es, precisamente, el mismo que sustenta los principios que están en la base doctrinal de la Alianza de Civilizaciones —el mismo sistema ético, por cierto, que inspira la política exterior de España en la actualidad— tal y como están recogidos en las Recomendaciones Políticas del Informe del Grupo de Alto Nivel:

Un compromiso renovado con el multilateralismo. (...). Por consiguiente incumbe a los Estados reforzar las instituciones multilaterales, especialmente las Naciones Unidas, y apoyar los proyectos de reforma que refuercen la capacidad y la actuación de dichas instituciones.

Un respeto pleno y consecuente del derecho internacional y de los derechos humanos. La polarización entre las comunidades crece cuando los derechos humanos universales se defienden, o se perciben que se defienden, de manera selectiva. Políticas de migración coordinadas, coherentes con la defensa de los derechos humanos. (...). Combatir la pobreza y las desigualdades económicas. (...). Una Alianza de Civilizaciones sólo se puede llevar a cabo dentro de un marco internacional que incluya el compromiso de todos los países por trabajar en pro de la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. (...). Protección de la libertad de culto. La libertad de religión y de culto son derechos fundamentales.

EL PLAN NACIONAL PARA LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

Este conjunto de reglas de conducta internacional es el que debería promover España en su proyección exterior. Y debería hacerlo con ahínco y perseverancia, aprovechando en primer término la oportunidad que le brinda su próxima presidencia de la Unión Europea. El Presidente del Gobierno dispone para ello de un importante y acreditado caudal de prestigio y de credibilidad personales. Lo que hace falta ahora es voluntad y decisión políticas. Pocas ocasiones como ésta volverán a presentarse en el futuro. Es éste el momento de crear una dinámica y de dejar una impronta; la de unas relaciones internacionales en las que dominen consideraciones de solidaridad y no de desigualdad; de cooperación y no de dominio. Para ello será preciso encarrilar muchos de los problemas que aquejan hoy al mundo. En tanto que herramienta de la ONU, la suerte de las Naciones Unidas condiciona también la de la Alianza. No basta con que dos sucesivos Secretarios Generales la hayan asumido y respaldado. En buena medida, su virtualidad y su credibilidad están vinculadas a las de la Organización y, consecuentemente, a su reforma. Cuanto más «democrática», y más eficaz sea la ONU, cuanto más vigorosa, más lo será la Alianza de Civilizaciones. No es realista esperar, por otra parte, que los gobiernos convocados a introducir cambios para modernizar sus sociedades, lleven éstos adelante si, paralelamente, la Comunidad de Naciones en su conjunto no pone los remedios para acomodarse a este renovado escenario multipolar, procediendo en primer término a la reforma y puesta al día de la organización que la refleja y la representa.

La Alianza de Civilizaciones nos marca a todos un camino, como también nos dice, sin tapujos, dónde radican los males que nos aquejan. Los ajenos y los propios. Por ello, los Planes Nacionales —las «Estrategias» en las que tanto énfasis pone el Alto Representante— son los instrumentos adecuados para que los gobiernos apliquen las recomendaciones del Grupo de Alto Nivel. A cumplir este cometido responde el Plan español, aprobado por el Consejo de Ministros el 8 de enero de 2008 (www.pnac.es) y presentado formalmente en Madrid durante el I Foro. De vigencia bianual, a este programa de acción seguirá el segundo para el bienio 2010-2011. Integran el I Plan 57 actuaciones distribuidas en cuatro apartados diseñados según criterios funcionales y no, como sucede con el Informe del Grupo de Alto Nivel, conforme a los cuatro sectores: Juventud, Educación, Medios de Comunicación y Migración. Los grandes objetivos que aquél persigue son: 1) favorecer el conocimiento mutuo y el aprecio de la diversidad; 2) promover los valores cívicos y una cultura de paz; 3) mejorar la integración de los

inmigrantes, con especial atención a la juventud; 4) promocionar y difundir la propia iniciativa de la Alianza de Civilizaciones. Si, en un primer momento, a finales de 2007, en su elaboración no intervinieron Defensa e Interior, estos dos departamentos sí lo han hecho en la práctica, sobre todo después de la reestructuración ministerial puesta en marcha tras las elecciones generales de marzo de 2008. En la actualidad, junto a estos dos ministerios, en la implementación del Plan participan Asuntos Exteriores y Cooperación; Ciencia e Innovación; Cultura; Educación, Política Social y Deporte; Igualdad; Justicia, y Trabajo e Inmigración.

El Plan Nacional es una iniciativa abierta y flexible, que se corrige y enriquece a medida que va desarrollándose en la práctica. Incorpora por tanto, en su camino, nuevos proyectos. A veces deja alguno en la cuneta; la crisis también se ha hecho notar aquí. Dirigido sobre todo a la Administración Central, aspira a ser fuente de inspiración y de estímulo para las otras Administraciones Públicas y para la sociedad civil en su conjunto. Proporciona, pues, un marco estratégico de referencia; una visión de conjunto de lo que el Gobierno de la Nación pretende llevar a cabo en el contexto más amplio de los principios y objetivos de la Alianza de Civilizaciones. Pero la completa virtualidad de este campo de acción no depende en exclusiva de la voluntad política de las autoridades centrales. Sin su conversión a escala autonómica, allí donde las competencias están transferidas, y, en última instancia, a nivel local, muchas de las medidas que lo integran quedarán reducidas a meras declaraciones de intención o, a lo más, a enunciados globales pendientes de la disposición de la autoridad autonómica de turno. Los diversos planes nacionales, en general, representan un importante valor añadido para la Alianza de Civilizaciones, al traducir en hechos, en políticas concretas, los enunciados genéricos de las recomendaciones del Grupo de Alto Nivel. El I Plan, y los que sucesivamente se pongan en marcha, también suponen un valor añadido para la política exterior de España, al tiempo que constituyen un importante instrumento de Diplomacia Pública para nuestro país. Deben serlo también para la Política de Defensa y para el departamento que la diseña y ejecuta.

El ministerio de Defensa ha puesto en marcha un paquete de medidas prácticas que responden a un objetivo básico: la difusión de los valores de la Alianza de Civilizaciones en las Fuerzas Armadas, tanto en la formación de sus cuadros como en los intercambios con miembros de las de otros países, al tiempo que desarrolla una política informativa sobre la tarea realizada en este campo a través de su página *web*. Propósito éste que no se circunscribe exclusivamente a la actividad interna de los

Ejércitos sino que se proyecta al exterior a través de su participación en las Operaciones de Mantenimiento de la Paz donde la ejemplaridad es, me parece, la principal exigencia.

A los aspectos formativos responde, entre otros, el seminario sobre Cuestiones de Seguridad y defensa en el Mediterráneo; el grupo de trabajo constituido en el Centro Superior de la Defensa Nacional para el análisis y estudio de los valores de la Alianza de Civilizaciones; las conferencias en el propio CESEDEN sobre «Difusión y Motivación de los valores» de esta iniciativa en el curso de Defensa Nacional, en el de Altos Estudios Estratégicos para Oficiales Iberoamericanos y en el Curso Monográfico. Asimismo, la incorporación de sus principios y objetivos en los planes de estudio de adaptación para la integración en la Escala de Oficiales. También los *Cuadernos de Estrategia*, como este número en el que me honro en participar. A la proyección exterior de las Fuerzas Armadas corresponden actuaciones como el apoyo al «Programa Cervantes» en determinadas zonas de operaciones; los Cursos para Oficiales Superiores y Funcionarios Afganos; el curso para Oficiales Iberoamericanos antes mencionado; la colaboración con el Ministerio de Educación para la promoción de prácticas deportivas en zonas de conflicto, y las acciones en aplicación de la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de la ONU en materia de género.

Pero más importante que el enunciado puntual de las actuaciones concretas que lleva a cabo el Ministerio de Defensa, que necesariamente evolucionarán al compás de las circunstancias y que, sin duda, crecerán en número, es el ejemplo que ofrecen los miembros de nuestras Fuerzas Armadas que participan en misiones en el exterior. Son ya más de 110.000 las mujeres y hombres que han tomado parte en estas operaciones y que han sido un modelo de respeto de los derechos humanos, de la legalidad internacional así como de las costumbres y creencias de aquéllos que residen en los países de despliegue. En un mundo necesariamente convulso, en el que no todos los contingentes internacionales han procedido con ejemplaridad, la conducta de los soldados españoles ha sido, sin excepción, un modelo y una fuente de orgullo para nosotros. En la escrupulosa y exigente observancia del código ético que emana de las Reales Ordenanzas está el fundamento de dicho proceder. Resulta importante constatar, por ello, cómo las nuevas Ordenanzas, aprobadas por Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero, recogen cuantos principios y normas han presidido el buen hacer de aquellos militares. Así, los artículos 11, 12 y 13 de sus Disposiciones Generales: *Dignidad de las personas, Derechos*

fundamentales y libertades públicas, Igualdad de género; la Primacía de los principios éticos del artículo 15; las Responsabilidades penales graves en relación con los delitos contra el derecho Internacional Humanitario del 56, al referirse al «Ejercicio del mando». También los artículos 84 y 85, dentro del Título IV, «De la ética de las operaciones», sobre el Uso legítimo de la fuerza y el Principio de Humanidad respectivamente. Y Los deberes en relación con el Derecho Internacional Humanitario consignados en el artículo 106, junto con la Formación en valores del número 129, el último de las Reales Ordenanzas.

No es caprichosa esta enumeración. Viene muy al caso, me parece, después de la publicación, el pasado 16 de febrero, del *Report of the Eminent Jurists Panel on Terrorism, Counter-Terrorism and Human Rights*, titulado «Assessing Damage, Urging Action». A los efectos de mis anteriores consideraciones basta, creo, con reproducir parte de su Introducción:

This report catalogues, with deep concern, the extent to which the responses to the events of 11 September 2001 have changed the legal landscape in countries around the world. (...).

What has happened, however, is that in the formulation and implementation of counter-terrorist policies, established principles of international human rights and humanitarian law are being questioned and at times ignored, not only by regimes whose record for doing so is well known, but also by liberal democracies that used to be in the forefront of promoting and protecting human rights.